

LA EXPERIENCIA DE UN HISTORIADOR. CONVERSACIÓN CON OCTAVIO RUIZ-MANJÓN

Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz
Universidad de Almería

Nacido en Córdoba en 1945, vivió su infancia en varios pueblos de Andalucía, realizando el Bachillerato en su ciudad natal. En 1962 se trasladó a Pamplona para iniciar la licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Navarra, formación que simultaneó con la de la Escuela de Periodismo. Tras finalizar sus estudios superiores y especializarse en Historia, en 1974 defendió la tesis doctoral en la Universidad de Complutense de Madrid sobre el Partido Republicano Radical, cuando era ayudante de la cátedra de Historia Moderna de Vicente Rodríguez Casado. Tras pasar por las oposiciones de profesor adjunto a finales de 1977, unos meses después obtuvo la plaza de agregado de Historia Universal en la Facultad de Ciencias de la Información de la citada universidad madrileña. En octubre de 1980 se incorporó como catedrático al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada y en 1988 regresó a la Complutense tras ganar un concurso para cubrir una Cátedra en la misma área de conocimiento.

Octavio Ruiz-Manjón Cabeza es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid desde hace un cuarto de siglo, tras haber ejercido ese puesto en la de Granada durante ocho años. Su trayectoria investigadora le ha especializado en la historia política y cultural de España, especialmente la referida al primer tercio del siglo XX. Así, entre sus trabajos destacan los dedicados al republicanismo —y sobre todo al lerrouxismo—, la Institución Libre de Enseñanza, los intelectuales durante el reinado de Alfonso XIII, los medios de comunicación, las elecciones de la Segunda República o la figura de Fernando de los Ríos.

Después de cursar el Bachillerato en Córdoba, y hacerlo en la rama de Ciencias, decidiste estudiar Historia. ¿Qué te motivó hacer esa elección?

En aquella época se elegían Ciencias o Letras en los dos últimos cursos de Bachillerato y efectivamente yo hice Ciencias, aunque me cambié al empezar el curso preuniversitario. Decidí que realmente me interesaban mucho más las materias de Letras que las de Ciencias y abandoné las Ciencias... Realmente lo que me interesaba de Humanidades era la Historia, eso era clarísi-

mo...Yo siempre tuve un enorme interés por la Historia, quizás por una Historia muy tradicional, por la Historia de gestas, de gestas patrias. A mí me emocionaba vivir en Andújar y saber que a pocos kilómetros de allí habían tenido lugar varias batallas importantes. Estaba la de Bailén, pero a mí la que me gustaba era la batalla de las Navas de Tolosa, que me entusiasmaba.

Hiciste la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Navarra, muy lejos de tu Andalucía natal. ¿Cuáles fueron las razones de tal decisión?

Realmente me fui a Pamplona sin tener mucha información de lo que era la Universidad de Navarra, ni del sentido que tenía. Había oído hablar de que era una universidad pequeña en donde se cuidaba al alumno y quizás me parecía de más garantía que ir a la que a mí me correspondía en mis años de formación, que era la de Sevilla. Además, en Navarra había empezado un Instituto de Periodismo que tenía bastante prestigio e hice simultáneamente los dos estudios.

¿Cómo valoras la formación universitaria para quienes querían estudiar Historia en aquellos años?

Yo siempre he tenido muy buena impresión y muy buena opinión del programa que existía entonces. Yo creo que los dos cursos comunes eran extraordinariamente formativos, nos dejaban abiertas muchas puertas. Mejoré mi formación en las lenguas clásicas, que en mi caso fue Latín y Griego; También disfruté mucho con el mundo de la Filología y de la Literatura, que también me gustó muchísimo. Estudié Geografía con muy buenos maestros... y después estaban, claro, las asignaturas propias de Historia... ¡Ah! Y también otra dimensión de los comunes era la Filosofía. Que se hayan abandonado los comunes siempre me ha parecido un empobrecimiento. Esos estudios me abrieron muchos horizontes, me parecieron siempre muy interesantes. Y ya los tres cursos finales, tercero, cuarto y quinto, eran los cursos especializados de Historia.

¿Y la Historia Contemporánea...?

Yo creo que pertenezco a la generación de los que vimos nacer la Contemporánea. Realmente la Contemporánea no existía. La división de esos tres cursos en líneas generales era la siguiente: tercero para Prehistoria y Mundo Antiguo; cuarto dedicado a la Historia Medieval, que además en una Universidad como la de Navarra, y en ese marco geográfico, tenía una extraordinaria importancia; y la Moderna y Contemporánea se daban en quinto. Y efectivamente las cursabas con los profesores, pero no había una especialización..., aunque yo sabía que lo que me gustaba era la Contemporánea, la Moderna y la Contemporánea, eso sí lo tuve claro, aunque no sé exactamente cuándo, en qué momento.

De esa etapa de formación universitaria, ¿qué docente te influyó más?

Antonio Fontán era un gran humanista, era el catedrático de Latín y decano de la Facultad, y era una persona de una cultura extraordinaria, con el que he mantenido siempre una buenísima relación, porque él me distinguió con su amistad durante el resto de su vida y lo he tenido a gala. Oír hablar a Fontán en latín ya no era hablar de una lengua, era entrar en el mundo de la cultura clásica. Y Fontán, precisamente, es, quizás, la primera persona que se me viene a la cabeza cuando me pregunto sobre el origen de mi interés la Historia Contemporánea. Yo no sé si yo se lo dije a Fontán... Yo tenía conversaciones periódicas con él, quizás porque yo era representante estudiantil y él era el decano, y él se interesó por mis gustos y por mis aficiones, y en aquella época llegamos a la idea de que yo tendría que irme a Madrid a hacer una tesis doctoral sobre el Partido Socialista. Así surgió la idea de mis pasos posteriores.

Has mencionado tu actividad como representante de los estudiantes en un momento en el que se generalizaba la protesta contra la dictadura en la Universidad, ¿qué recuerdas de aquella experiencia y de esa época?

Efectivamente, participé en el movimiento estudiantil como delegado en la Universidad de Navarra. De hecho, asistí a la primera coordinadora de estudiantes que se celebró en Valencia, que debió ser en el año 65 o 66. Lo que se hizo ahí fue una especie de organización alternativa al sindicato oficial, al SEU, y estuve en Valencia durante cuatro o cinco días, viviendo también en cierto modo en la vida política clandestina. Aquello terminó mal porque detuvieron a casi el 95% de los participantes, aunque yo no lo fui. Recuerdo que nos dieron unas carpetas de color butano, naranjas, que las podía ver la policía desde lejos. Es cierto que en la Universidad de Navarra había un clima mucho más tranquilo, pero se participaba en esas tensiones estudiantiles y acudíamos a entrevistarnos con los delegados de las facultades de Madrid, que eran los que llevaban el llamado Sindicato Democrático de Estudiantes. Yo creo que nos mirarían como unos agitadores de pequeña provincia, realmente irrelevantes, pero nos atendían, nos daban la información, nos contaban por dónde iban las cosas y nos convocaban. Convivíamos con el SEU, que tenía un delegado al que en general se le respetaba poco y se le hacía poco caso... En esta generación todos vivíamos ya con la impresión de que, se quisiera o no se quisiera, las cosas iban a cambiar. Fue una participación realmente muy limitada, pero sí, sí estábamos presentes.

Tras tu llegada a Madrid pronto entraste en contacto con Javier Tusell, con el que ya mantendrías una permanente relación. ¿Cómo valoras su figura en la historiografía española?

Tusell y yo somos estrictamente coetáneos, del mismo año, yo era un poquito mayor que él por cuestión de meses, y cuando nos conocimos, en 1969, Javier ya estaba en plena actividad, demostrando la enorme vitalidad que tuvo siempre hasta que lamentablemente murió. Ya estaba en proyectos de sociología electoral y me pidió colaboración en el estudio de las elecciones del Frente Popular. Él había hecho los estudios sobre la sociología electoral en Madrid. Ya se había

publicado también el libro de Martínez Cuadrado sobre la Restauración y el proyecto de Javier, obviamente, era hacer las tres elecciones de la República, pero no sé por qué motivo, y quizás también por el propio interés que tenían las elecciones, empezamos por las del 36. Él era el responsable del grupo, aunque la verdad es que hay que decir que Javier era tan pésimo director de equipo como buen historiador, y era pésimo director de equipo porque su capacidad de trabajo desbordaba a cualquiera de nosotros; cuando alguien estaba todavía empezando a escribir algo, Javier ya había terminado su parte. En ese sentido digo que era mal director de equipo porque tendía a hacer las cosas solo, tenía una enorme capacidad de trabajo... Fuimos amigos hasta su muerte. Javier era una persona de una enorme envergadura. Como historiador tenía una capacidad de trabajo asombrosa, una inteligencia natural grandísima para atisbar los problemas, para detectar los acontecimientos y para interpretar las cosas. A Javier muchas veces le bastaba con una conversación, con una primera observación para comprender los hechos históricos... Tenía un olfato muy fino y muy rápido de historiador, y después tenía una enorme capacidad de trabajo que yo creo que quizás en algún momento se vi desbordado por la variedad de los temas que tocó pero, realmente, Javier es una de las grandes figuras de la generación esa de la generación de los que nos formamos en Historia Contemporánea e hicimos Historia Contemporánea. Además, destacaba por su capacidad de divulgar los resultados de su trabajo, para que llegaran a un gran público.

¿Cómo fue esa primera etapa en la Universidad Complutense?

Fue sobre todo una fase de inestabilidad profesional. Los penenes éramos mano de obra barata, aunque ahora, visto con perspectiva, también fuimos afortunadísimos en nuestro acceso a la Universidad. Yo creo que entramos en un momento en el que había una especie de ventana demográfica que permitía que las

personas que habíamos nacido a mediados de los 40 pudieran acceder a plazas docentes. No estaban muy bien pagadas, no había una seguridad de promoción a corto plazo, pero en la práctica esa promoción se realizó, hasta el punto de que cuando repasé el entorno de los compañeros de entonces, prácticamente el 90% de las personas que estábamos en la carrera académica la hemos realizado plenamente llegando a catedráticos de Universidad, o más o menos si alguien lo ha compartido con otra cosa... Pero eso yo siempre lo he visto como una oportunidad. Cuando ahora ves que algunos contratos iniciales se obtienen con 40 años, pienso que los que fuimos *penenes* no nos podemos quejar demasiado. Nosotros entramos con 22 o 23 años en la Universidad, pero, en un plazo de quince años, quien tenía verdadera dedicación hizo una carrera académica con muy escasas excepciones. En este sentido, también lo he subrayado muchas veces, en el ámbito de Historia Contemporánea no hubo grandes injusticias por razones ideológicas. Podríamos poner muchos ejemplos de que no hubo sectarismo por parte de los tribunales, en los que predominaban personas conservadoras, de organizaciones católicas... que, al final, dejaban sitio a todo el mundo; en definitiva, que dejaban vivir.

Al principio, no había cátedras específicas de Historia Contemporánea. ¿Cómo estaba organizada la especialidad?

Las cátedras se distinguían por España y Universal, normalmente la titulación era de Moderna y Contemporánea. Yo siempre he dicho que los padres de la Contemporánea, que proceden de Moderna, son personas como José María Jover o Vicente Palacio, que hacen investigaciones, que hacen tesis doctorales de Moderna y que después derivan a la Contemporánea. Jesús Pabón es quizás una figura todavía un poquito anterior a ellos, que tiene un gran ascendiente. Con él yo llegué a coincidir en la Universidad Complutense. Era una persona que ya había tenido protagonismo político en la época de la Segunda República

y que había publicado su *Cambó* a comienzos de los cincuenta. Era ya es un contemporaneísta, y una persona respetada, con muchísimo ascendiente en la profesión y era como la gran figura de la Historia Contemporánea cuando yo llegué, pero los que la consolidaría fueron personas que habían pasado de Moderna a Contemporánea. Ese tránsito a la Contemporánea, lo harían también Vicens y Seco en Barcelona, Artola en Salamanca, Comellas en Sevilla, y Jover lo había iniciado en Valencia antes de venir a Madrid

¿Y cómo planteaste tu tesis doctoral?

La tesis me la dirigió Vicente Rodríguez Casado. Él era catedrático de Moderna en la Complutense, pero me ayudó mucho, ya que le interesaba el mundo del primer tercio del XX —probablemente centrando su atención en la República—, y me puso en contacto con un gran archivo hasta entonces ignorado o muy poquito frecuentado, el de Salamanca, que había servido para documentar las actuaciones de los tribunales dedicados a la represión de la Masonería y el Comunismo. Un amigo íntimo suyo, el almirante Jesús Fontán Lobé, era el director de los Servicios Documentales de la Presidencia del Gobierno y me facilitó amablemente una carta para poder consultar la documentación en ese archivo. La organización de los fondos era pésima; de hecho, cuando yo llegué a Salamanca me dijeron que los índices de lo que era el archivo antiguo se habían perdido hacía unos meses, y, tras empezar a trabajar en esas condiciones, al cabo de unos meses me llamaron de Salamanca y me dijeron «Oiga que han aparecido los índices, que estaban detrás de una estantería». Y ahí realmente vi que había muchísima documentación del Partido Radical, aunque después comprobé que no era documentación tanto del Partido Radical como de Alejandro Lerroux y que procedía con toda seguridad de la casa de Alejandro Lerroux, del palacete que tenía en la calle O'Donnell. Y me pareció extraordinariamente interesante porque estamos hablando de un partido que había tenido protagonismo

a lo largo de todos los años republicanos, que había estado en el Gobierno Provisional, y que después había sido el partido sobre el que había descansado todo el segundo bienio. Y consideré que entender el Partido Radical era clave y me decanté abiertamente hacia el análisis de esta formación política.

En cierto modo, fuiste uno de los pioneros en el estudio de la II República y la Guerra Civil en el ámbito de la historiografía española universitaria...

Yo recuerdo que, junto con el archivo de Salamanca, el otro gran depósito de fuentes y de información era la Hemeroteca Municipal de Madrid, en la vieja sede que tenía en la Plaza de la Villa. Allí había como dos grandes equipos que se movían: uno era el formado por los que trabajábamos con Javier Tusell, y otro era el grupo de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo. Los dos grandes movilizados de documentación eran, por una parte, Javier y, por otra, Antonio Elorza, incluso a veces competíamos por las plazas de trabajo, es decir, que había pocas mesas para consultar y había que llegar antes que los de Elorza. La actividad de Ricardo de la Cierva estaba vinculada entonces al Seminario Bibliográfico de la Guerra Civil, que había organizado desde el Ministerio. En Barcelona se trabajaba en la Casa del Arcediano, pero había poco más.

Tú has hecho siempre historia política, pero ésta ha sufrido duras críticas por parte de muchos colegas. ¿Cuál es tu opinión en ese debate historiográfico y cómo valoras las influencias de la Nueva Historia Política?

Realmente la presencia de una historia de inspiración marxista era muy fuerte, incluso en algunos momentos podía parecer agobiante en la Universidad. Había que partir siempre de conceptos, por supuesto de la demografía, utilizar la demografía y las fuentes de producción, toda esa terminología que había popularizado la escuela de los *Annales*... estaba muy presente en todo, en las clases y en todo. Pero también

sería falso decir que no había sitio para hacer una historia política. Nosotros sabíamos que lo que hacíamos era sociología electoral, que utilizaba un instrumental moderno y que era habitual, sobre todo en Francia, y por lo tanto había sitio. Es verdad que en aquella época pasaban cosas tan extrañas como que el Partido Radical o la CEDA podían estar relativamente abandonados y, sin embargo, del último partido minúsculo marxista disidente de Cataluña se hacía una tesis de 800 páginas; era un disloque.

Teníamos conocimiento de lo que se hacía Francia y el Reino Unido, que nos reconfortaban y hacíamos una historia que nos parecía razonable. El libro de Varela Ortega es del 77 y no tenía nada que ver con esas influencias teóricas. La obra de Romero Maura sobre el obrerismo en Barcelona estaba también muy lejos de lo que se llamaba entonces la historia del movimiento obrero. Incluso se estaban haciendo cosas, como la historia de las relaciones laborales de Olábarri, o el estudio de la política obrera en el País Vasco, de Fusi, que se separaba de esos patrones que parecían dominantes.

Es decir, que sí había muchas personas que hacíamos otro tipo de Historia que no era, que no parecía ser, la que predominaba académicamente... Yo creo que Javier Tusell, por ejemplo, no participó nunca en los coloquios de Pau. Yo sé que no participé, pero tampoco estoy seguro de que, si hubiera hecho intención de participar me hubieran dicho que no, entre otras cosas porque yo creo que Tuñón de Lara tenía siempre una actitud hospitalaria. Pero no hagamos historia virtual..., la idea que creo que es fundamental es que había sitio para hacer otra historia política, que realmente la consolidación de la historia política de finales de los 80 nos reconfortó, pero que ya el giro historiográfico de la recuperación de la narrativa es de finales de los años 70, con lo cual tampoco estábamos tan lejos de un cierto giro historiográfico. Sí es verdad que en algunos casos una historia tan comprometida y tan de batalla, tan militante, nos parecía que no explicaba mucho... Efectivamente,

nos adelantamos pero quizás porque había en ese momento espacio para hacerla.

Y coincidiendo con el final de la década, ¿por qué te marchas a Granada?

En la Universidad de aquellos años la carrera universitaria se hacía pasando de una Universidad a otra con mucha, con extrema facilidad, algo que desapareció después con la ley del PSOE, la LRU. Esa movilidad entre universidades prácticamente desapareció. Pero en aquella época sí era normal, es decir, había un *cursus honorum* o un currículum que uno hacía. La plaza de agregado era una plaza por oposición y, en verdad, era una especie de vicecátedra. Y lo normal era que podías sacar una plaza de agregado en un lugar y esperabas a que en el *Boletín Oficial del Estado* surgiera una plaza de catedrático. En realidad, Granada no fue ninguna opción deliberada por mi parte. Yo ese año no estaba en España, estaba en Estados Unidos, y le dije a un amigo, que es Carlos Dardé, que se encargara de mirar el *Boletín* y me firmara la primera cátedra que saliera. Salió Granada como podía haber salido Santiago, La Laguna o Valladolid...

Y desde el punto de vista profesional, ¿cómo fue la experiencia?

Primero pasas del mundo universitario madrileño a la Universidad de Granada, que es una institución histórica de gran prestigio, en una ciudad acusadamente de estilo universitario, pero evidentemente tienes que cambiar la forma de trabajar... Primero tienes que adaptarte al uso de archivos y de fuentes locales, entre otras cosas para familiarizarte con el medio porque este cambio profesional coincide con los años 80. Y la coincidencia con los años 80 es también un momento de ampliación verdaderamente grande de las universidades y de incremento de los trabajos de investigación.

La primera obligación que tiene un catedrático, que además ejerce la dirección del departamento, es familiarizarse con el entorno, con los archivos, con problemas específicos, que haga

posible una investigación que es deseable en el marco local y que además tiene que tener objetivos locales. Hice algunos trabajos de carácter general siguiendo la trayectoria de historia política y de sociología electoral que había hecho hasta entonces, profundicé en la idea de que la historia política había que reconducirla en la línea que después se confirmó, sin arrogarme ningún título de precursor ni nada... simplemente, por ejemplo, yo había hecho una historia de un partido republicano, y lo había hecho muy en clave de la historiografía de los partidos políticos franceses, que a veces es muy formal, se estudian las estructuras del partido, los programas, la implantación...

Eso podía tener mucha validez para los grandes estudios del radicalismo que se hacían en Francia, pero incluso después de terminada la tesis me daba cuenta de la dimensión no estrictamente política de un partido republicano: primero, que quizás más que del Partido Radical había que hablar del lerrouxismo y por lo tanto había que remitirse a la figura de Lerroux, y después que los mecanismos habituales de historia política, como es el de los programas o el de la participación en las elecciones, tiene mucho menos sentido de lo que puede parecer para entender un fenómeno republicano español.

Así, éste tiene mucho de alternativa social, de movimiento en cierto modo marginal y si lo quieres estudiar a base de saber los nombres de los miembros de los comités y las actas de las reuniones terminas por no entenderlo. Tienes que entender la mentalidad republicana, los valores, las fiestas republicanas, el vocabulario, las lecturas... todo un mundo, que es lo que después hemos denominado la cultura política, que te ayuda a entender mucho más lo que tenía el republicanismo, que en realidad es un movimiento que, pese a todas las manifestaciones de sus líderes, se sabía lejano del poder. O sea, la idea de que en España se iba a implantar la República prácticamente desaparece durante muchos años de la Restauración. ¿Por qué se seguía siendo republicano? Porque se pertenecía a

una cultura política alternativa, no se participaba de los valores dominantes. Y, en este sentido, a quien trabajaba y a quien yo le pude aconsejar en los años siguientes le dije que se olvidara de los aspectos formales y organizativos y que entrara en el día a día de la vida de los republicanos porque me parecía mucho más vivo.

¿Cómo influyó tu relación con Vicente Cacho en esos planteamientos historiográficos?

A Vicente Cacho lo había conocido cuando yo era estudiante en la Universidad de Navarra y, aunque inicialmente no trabajamos juntos en Madrid, ya me ayudó mucho en la publicación de mi tesis doctoral y, sobre todo, en la dimensión catalana del radicalismo y en la utilización de fuentes radicales catalanas. De hecho, trabajé en el Ateneo de Barcelona y me familiaricé mucho con la prensa catalana y con el mundo académico catalán. Es decir, la relación con Vicente Cacho es de la segunda parte de los 70 y entonces sí tuve una relación muy estrecha; yo creo que le hablé mucho de esta revisión en torno a la historia política y a la forma de abordarlo en Granada.

A mi regreso a Madrid la relación se hizo mucho más intensa y, de hecho, el pensaba que mi investigación sobre Fernando de los Ríos nos permitiera coincidir en un trabajo sobre el socialismo español que nunca llegamos a abordar. En cualquier caso mi relación con él marcaría profundamente mis trabajos más recientes sobre intelectuales y vida política en la España del primer tercio del siglo XX.

En 1988 regresas a Madrid, ¿cuáles son tus inquietudes en esta nueva etapa de tu vida profesional?

A partir de entonces, lo que me interesa ya es quizás la historia cultural, la historia intelectual. Yo creo que no he abandonado nunca la historia política, pero siempre me ha interesado más el mundo de los márgenes de la historia política. Yo estaba trabajando ya sobre Fernando de los Ríos desde el final de mi estancia en Granada.

Recuerdo que, por una casualidad, quizás tendría que haber competido con Antonio María Calero en la cátedra de Madrid que gané, pero Calero murió en un accidente unos meses antes. Y en uno de sus libros hay una frase diciendo «Tengo la intención de hacer un estudio de las luchas académicas de Fernando de los Ríos en la Universidad de Granada» y, en cierto modo, me sentí deudor de esa frase, ya que la muerte había sido tan inopinada y tan trágica. Así, aunque el interés ya lo tenía, al leer ese texto de Antonio María me motivó y me dije «Hay que hacerlo, hay que hacer esta biografía de Fernando de los Ríos». Era una documentación que yo conocía desde muchos años atrás y había trabajado a finales de los 80. Me di cuenta de que era una documentación personal, muy personal, de Fernando de los Ríos; yo creo que correspondía al domicilio privado que tenía alquilado en la calle Diego de León. Por lo tanto, me encontré con una documentación familiar y, por ello, me di cuenta de que eso me impedía volver a mi viejo proyecto de hacer algo sobre el Partido Socialista, porque con esos documentos no salía realmente un estudio de un socialista, lo que salía era un estudio de una persona de formación intelectual, institucionista y con una militancia socialista, y que, por lo tanto, se imponía el personaje, se imponía el individuo y se imponía la biografía en sus aspectos más íntimos.

Pero ¿no ha estado la biografía muy denostada en España?

Yo creo que durante muchos años se ha hecho un lugar común hablar de la carencia de biografías en España. Ya no es tanto... Es cierto que no somos el mundo académico inglés; en el TLS, en el *Times Literary Supplement*, hay dos capítulos distintos: uno es historia y el otro es biografía; es decir, la biografía tiene su reconocimiento aparte. Yo creo que el latiguillo de la endebles de la biografía en España cada vez es menos válido. Ya se han hecho grandes biografías de personajes centrales; todavía se podrían hacer más, pero se han hecho de los del siglo XX y también de

figuras destacadas del XIX, empezando por los esfuerzos biográficos con la propia reina Isabel II o el general Prim, o los trabajos sobre Narváez, en cuyo origen estaba Pabón, que no llegaría a terminarlo. Por lo tanto, esa idea del abandono de la biografía... primero, ya empieza a no ser válida, y segundo, la biografía a mí sí me parece una pieza real y extraordinariamente sugerente para entender la Historia. Así, yo creo que las críticas al género biográfico es algo que está completamente superado. Hace tiempo que no recuerdo haber visto ningún comentario de ese estilo sobre una biografía y ya están prácticamente en pie las biografías de todos los personajes del siglo XX. Ahora mismo es evidente que hay que acudir al género biográfico.

Tienes una fecunda producción bibliográfica sobre distintos aspectos de la Historia Contemporánea de España, pero si tuvieras que elegir un trabajo del que te sientas especialmente satisfecho, ¿cuál elegirías?

Estoy especialmente contento de la biografía que publiqué sobre Fernando de los Ríos. Creo que la realicé con mucho esmero, me llevó mucho tiempo porque soy un escritor lento y considero que ese equilibrio entre estar en el personaje, comprenderle e interpretar su realidad, y no quedar secuestrado por él, lo conseguí de manera bastante satisfactoria. Cuando escribes tienes percepción de lo que te está saliendo realmente bien y te encuentras a gusto... Es una publicación que me ha dejado realmente muy satisfecho, un libro que no lleva formalmente un aparato crítico detallado —entre otras razones porque está editado en una colección que se concibió así—, pero hay indicaciones documentales, siempre muy precisas, y fue redactado teniendo muy presente al lector, al que siempre debemos cuidar.

Uno de los debates historiográficos actuales se basa en la relación entre Historia y Memoria, ¿cuál es tu opinión en una coyuntura en la que hay ocasiones en las que parece identificarse ambos conceptos?

Evidentemente, la Historia implica distanciamiento e incluso sometimiento a crítica de la propia memoria y reelaboración. Incluso en esta conversación no estoy seguro realmente de mi memoria, quiero entenderla de una forma pero necesito hacer elaboración sobre lo que son los elementos de la memoria. La Memoria desde luego sola no es Historia... De la Memoria se ha abusado y ha habido oportunismo, muchísimo oportunismo porque, evidentemente, hay que procurar distanciarse siempre, incluso de la propia memoria...

Estamos ya a finales de 2013; teniendo en cuenta tu dilatada experiencia profesional, ¿cómo valoras la situación actual de nuestra disciplina?

Yo soy optimista siempre en el trabajo del historiador y realmente yo veo que la disciplina ahora plantea numerosas incógnitas y numerosas cuestiones que obligan a la multiplicidad de enfoques. Pero, por otra parte, yo nunca me he separado del *dictum* de Croce sobre que «toda Historia es Historia Contemporánea». Y, en realidad, en la afirmación de Croce se podría sustituir contemporánea por presente, o sea, lo que realmente dice Croce es que toda Historia es Historia del Presente, y los historiadores siempre estamos tratando de entender nuestro presente... Por lo tanto, la misma variedad de las preguntas que nos hacemos y de las técnicas de documentación yo creo que son síntoma de vitalidad.